

---

## ÁFRICA EN LA MENTE DE LOS EUROPEOS

DONATO NDONGO-BIDYOGO

Discurso inaugural del IV Encuentro de Periodistas África-España:

**Europa y África: información, desinformación e imagen”**

*CaixaForum - Madrid / 27 de septiembre de 2023*

---

Buenos días, Señora directora general para África; Señor director general de Casa África; distinguidas autoridades; ilustres compañeros; estimados amigos, señoras y señores:

Agradezco muy sinceramente a los organizadores de este IV Encuentro de Periodistas África-España el privilegio de dirigirles las primeras palabras en estas importantes jornadas. Desconozco la razón concreta que motivó tan inmenso honor para un humilde escritor, aunque intuyo que tres circunstancias influyeron para endosarme tal responsabilidad: la incuestionable veteranía, el aunar en mi persona la doble cualidad de periodista africano formado en España, donde trabajo y resido desde hace casi seis décadas, y haber ejercido este noble oficio en África durante largos y tortuosos años, al servicio de medios y lectores españoles y en español. Nada nuevo saldrá de mi boca; no diré nada que no sepan; pero quizá sea conveniente recordar en voz alta algunas de nuestras carencias, preocupaciones y quejas como ciudadanos dedicados a informar y, por ende, creadores de opinión. Inquietudes que encajan con los objetivos de la convocatoria que nos reúne hoy aquí, «desafiar las narrativas sobre África y Europa», en un momento en que se hace todavía más evidente el necesario diálogo euro-africano por el que venimos clamando desde siempre, imprescindible para remozar los puentes que se resienten. Debemos incidir de nuevo en que no puede seguir siendo ni un diálogo de sordos, ni un continuo trágala; los pueblos africanos deben ser escuchados, y las decisiones que se adopten deben tener en cuenta y estar en consonancia con sus intereses y necesidades reales, que cabe resumir en una sencilla formulación: libertad, desarrollo, dignidad. Ésas son nuestras aspiraciones, nuestra principal prioridad. Porque resulta clarísimo para nosotros que la agitación que convulsiona ahora cada uno de los países de nuestro Continente no se produciría, o tendría un sesgo diferente pero menos perverso, si el africano notara que repercuten en su vida cotidiana los beneficios de los ingentes recursos que poseen sus naciones; si gozara de las libertades inherentes a su condición humana, ya habituales en el resto del mundo, y tuviese la consideración que merece todo bípedo implume, sin que sea necesario ironizar, como Sócrates, desplumando a las gallinas. Por eso y para eso nuestros padres y abuelos exigieron la descolonización. Pero el tiempo transcurrido demuestra que tales objetivos no han sido alcanzados, que siguen flotando en la nebulosa de las utopías, pues sus hijos y nietos padecemos la misma o parecida miseria y soportamos como podemos la misma o parecida opresión, con los mismos estereotipos de antaño. De ahí que cunda la impaciencia, fruto de la continua frustración, que desemboca en desesperación. Y las nuevas generaciones ya no se resignan. No son ni novedad ni veleidades caprichosas las actuales sacudidas de un Continente siempre convulso. En los 66 años que median desde la proclamación de la independencia de Ghana hasta hoy mismo, el africano ha hablado y escrito en todas las lenguas, y argumentado, y gritado y pataleado en demanda de tales derechos, y sólo ha recibido el desdén de una Europa indiferente, anclada en su

autocomplaciente hedonismo. Parecería que quienes predicaban el Humanismo en todas sus acepciones y derivaciones olvidaron el lema consignado por el comediógrafo romano Publio Terencio: «Nada humano me es ajeno». Por cierto, Terencio llevaba el sobrenombre de Afro, y según relatan historiadores como Suetonio, era «de estatura moderada, delgado y de tez morena», lo que, junto a su condición de liberto, sugiere su origen africano, probablemente cartaginés.

Siempre que se producen revueltas, disturbios o agitaciones en África, Europa se estremece, atónita, y con ella el mundo, temerosos de las consecuencias negativas que puedan derivarse para ellos. La pregunta suele ser recurrente: «¿Qué pasa en África?» «¿Qué quieren los africanos?» En lugar de indagar, de buscar las causas que respondan a estas cuestiones básicas, conocimiento sin el cual resulta imposible comprender y discernir, se tira por lo fácil y se desempolvan vulgaridades trasnochadas y tópicos manidos. En unos países caracterizados por las carencias y los abusos, en los que la única posibilidad de cambio o alternancia es la vía violenta, toda expresión de descontento o malestar es atribuida al «tribalismo», al «primitivismo», a los «atavismos culturales» de sus sociedades, cuando no a la «incapacidad de los negros para regirse por sí mismos» y demás lindezas que leemos y escuchamos a diario. Leemos y escuchamos a prominentes políticos y a sesudos pensadores afirmar sin pudor que «África no está preparada para la democracia», que «la democracia es un lujo en aquellas latitudes», como si la libertad estuviese acotada a una sola raza, a un solo continente y a una única cultura, y no un derecho inalienable inherente a todo ser racional, en cualquier lugar en que nazca o viva. Vemos con asombro que en Europa las bestias están más protegidas que las personas, que sus gatos y burros gozan de mayores derechos y bienestar que la inmensa mayoría de los africanos, que sus perros son mimados mientras se desprecia, cuando no se apalea o balacea, a la gente agolpada en sus fronteras. Planteamientos falaces que reafirman de manera subliminal la perversa noción de supuestas taras que determinan «superioridades» e «inferioridades» congénitas, inadmisibles desde la ética en este siglo y desmontadas por la Genética, la Prehistoria, la Biología y la Psicología, pues, para Craig Venter, «padre» del genoma humano, «la raza es un concepto social, no científico»; es decir, mera invención del imaginario. Ideas absolutamente inmorales reproducidas sin análisis, ni crítica ni contraste, por los medios de comunicación. Factores que llevan a planteamientos erróneos, estereotipados, que se concretan en decisiones políticas que nos afectan de lleno a los africanos, cuando sería muy fácil investigar un poquito para encontrar las causas verdaderas de la postración de 1.450 millones de personas. Una somera ojeada a las realidades continentales mostraría con nitidez que la miseria es inducida; que las supuestas «guerras tribales» son en realidad guerras de depredación; que el analfabetismo, el déficit sanitario, la falta de infraestructuras y cuantas rémoras determinan la inmensa frustración de los africanos y provocan la inestabilidad crónica en nuestros países, son situaciones originadas por una explotación inmisericorde, que no paró con las independencias. Se alzan voces reclamando la «recolonización de África», sin que ni gobernantes ni opinión pública se percaten de que el fracaso no radica en las independencias, sino en el modelo diseñado tras la II Guerra Mundial ante la presión del movimiento emancipador: descolonizaciones inacabadas, puesto que continuamos dependiendo de las metrópolis respectivas para casi todo, incluida la represión; independencias ficticias, que crearon Estados sin soberanía; Naciones cautivas, porque se primó la estabilidad sobre la libertad; países inhabitables, en

los que resulta más fácil morir que vivir. Auparon y protegen a individuos desalmados e insensibles, sañudos y arrogantes con sus compatriotas y sumisos ante los blancos, más proclives a proteger los intereses extranjeros que los de sus propias naciones; personajes egoístas, embusteros, tramposos, ambiciosos e ignorantes que nada serían sin las armas que les rodean, cuya longevidad sobrepasa a menudo tres y cuatro décadas en el poder y planean seguir malgobernando después de muertos a través de sus hijos, cuya crueldad alcanza niveles épicos y cuya avidez asombra. La intromisión es continua y asfixiante hasta en detalles nimios, y han impuesto una visión maniquea en las relaciones humanas, según la cual «quien no está conmigo está contra mí», de modo que cualquier asomo de discrepancia es delictivo. Aunque validados por «observadores internacionales» más afines que imparciales, no son creíbles ni para ellos mismos supuestos procesos electorales que siempre ganan los mismos. Pero es un crimen decirlo. Incontables los africanos calumniados, vejados, presos, torturados, exiliados o asesinados por atreverse a plantear que se pueden hacer las cosas de otra manera, que los conceptos de equidad y justicia no son aportaciones de los blancos, que no descubrimos los preceptos del Decálogo con la ocupación colonial, pues ya eran normas de convivencia de obligado cumplimiento en la sociedad ancestral. De ahí nuestra constante afirmación, sustentada por cuanto vemos, padecemos y sentimos, y no en la etnia ni en el clan, de que tales individuos, bendecidos desde Europa, no nos representan, no encarnan el espíritu de nuestros pueblos, por la sencilla razón de que no hacen nada en nuestro provecho ni los escogimos nosotros para dirigirnos. Al contrario: son un tapón que constriñe nuestras energías, un estorbo que obstruye la convivencia y frena el desarrollo.

Todo eso sucede en África ante la indiferencia general, y sólo llegan a la opinión pública los vestigios más denigrantes y escandalosos, nunca las causas verdaderas, ni las protestas de nuestros pueblos. Fenómenos como la emigración masiva hacia otros lugares de la Tierra, más seguros y prósperos, deberían llamar la atención y suscitar debates serios y profundos sobre las realidades poscoloniales, por qué pasa cuanto pasa. En lugar de ello, se inventan o desempolvan sesudos pero falaces argumentos históricos, políticos, económicos y sociológicos para intentar explicar lo inexplicable. Lustró tras lustró, comunicadores y analistas europeos continúan braceando en la superficie, reacios a sumergirse en las aguas profundas: se limitan a otear el horizonte agazapados, sin voluntad de emprender la senda del rigor, única que conduce al conocimiento y a la verdad, cómodamente escudados tras las prisas, la inmediatez o la proximidad de lo noticiable. Todo es mucho más simple: porque, aunque no lo crean, el negro carece de un gen especial que le diferencie del resto de los mortales; el ser humano es exactamente el mismo en todas partes, como me ha sido posible comprobar en mi ya largo peregrinaje por el mundo, y reacciona de manera similar ante los fenómenos que percibe. Desenfocan y dañan la percepción, propia y ajena, coloridos y exotismos. Para entender al africano hay que acercarse al africano desde sus propias realidades específicas. Lo dijo y lo puso en práctica Joseph Goebbels, pero ya sabemos que no es cierto: una mentira mil veces repetida nunca será verdad. De modo que no sirven ni como *background* las fantasiosas elucubraciones de sedicentes «especialistas», como Ryszard Kapuscinski, un pícaro manipulador cuyos escritos y conducta deslegitiman sus propios compatriotas, según pude verificar durante mi estancia en la Universidad de Varsovia en 2016. Supuestos «expertos» nada creíbles; al contrario, las falsedades de su exégesis fraudulenta contribuyen a afianzar los prejuicios y

estimulan la desinformación. ¿Pero qué medio me publicaría valoración como ésta si me atreviese a desafiar la «autoridad» de un gurú ante el cual el conjunto de la profesión *dobla la cerviz*? No quiero perder mi tiempo. Tampoco es ni lícito ni riguroso acercarse a África pertrechado de románticas ensoñaciones aventureras del cariz de Rudyard Kipling, por citar a algún apóstol del imperialismo colonial, por ser visiones sesgadas de una África inexistente. Como tantos mitos a desmontar del imaginario colectivo, hay que decir con claridad que ni Tazán es real, ni hubo nunca un colono bueno, ni existe el «buen salvaje». Si se buscan, encontrarán otros muchos libros que llevar en la mochila, de lectura más útil y edificante. Para conocer y comprender África, lo adecuado es pisar, ver, escuchar y respetar las culturas y modos de ser, cuando no conculquen valores morales universalmente reconocidos; porque aquí y allí, un asesino es y siempre fue un asesino, y un ladrón siempre fue y sigue siendo un ladrón. Acercarse a la esencia de nuestro pensamiento y cosmogonía considerando cuantos elementos y perspectivas ayudan a conformarlos, conforme a las normas de la objetividad, como debe abordarse todo fenómeno político y social. Contrastar, contrastar, contrastar, se inculcaba en las viejas Escuelas de Periodismo.

Como recordé al principio y es obvio, la única función del periodismo es informar. Y la información crea los estados de opinión. ¿Cómo explicar el escaso interés de los europeos por los temas africanos cuando en las redacciones se silencian buena parte de las noticias africanas porque «no interesan» o «no venden» esas «historias de negros», según oí de boca de más de un redactor jefe? ¿Cómo suscitar interés si no se publican, eterna pescadilla que se muerde la cola? ¿Cómo saber qué piensan y sienten los africanos si las editoriales son más bien reacias a publicar nuestros escritos, sean ensayos, ficción o investigación histórica, y si se publican apenas tienen suficiente difusión? ¿Puede un periodista informar sobre aquello que desconoce, conoce deficientemente o ni siquiera comprende? Los más viejos del lugar recordarán -y los jóvenes pueden consultar las Hemerotecas- que ya reclamaba esta mayor atención a mediados de los años '70 y principios de los '80 en revistas como *Índice*, *Destino*, *Historia 16* y *Mundo Negro*, y en los diarios *Informaciones* y *Diario 16*. Más recientemente, en *El País* y *ABC*, en las revistas *Política Exterior*, *Claves* y *Consejeros*, en blogs como el de Casa África y en infinidad de conferencias aquí y allá; o sea, donde puedo o me dejan. Dirán que tengo suerte por publicar; respondo que no ha sido fácil, nunca es fácil, abrir el camino, y pocos conocen el arduo esfuerzo y los sinsabores que cuesta. Se palpaban las consecuencias de esa falta de interés, de información. Pondré algún ejemplo emblemático: el primero, que me avergüenza que en cualquier ciudad española me pregunten por qué hablo tan bien el español, según dicen, y tener que explicarles la historia colonial de España en tres minutos; y eso ocurre porque la dejadez de algunos -dejémoslo ahí...- borró Guinea Ecuatorial de la conciencia de los españoles; segundo: en los primeros años '70 se debatía sobre la africanidad de las Islas Canarias, cuya descolonización exigía un grupo separatista; tema agravado por el reconocimiento y apoyo, en febrero de 1978, del Comité de Liberación de la entonces Organización para la Unidad Africana a los secesionistas; crisis que evidenció la debilidad de la Acción Exterior de España y su falta de interlocutores en África, superada en última instancia -conviene anotarlos en tiempos de memorias y desmemorias- por la actuación directa y personal del rey D. Juan Carlos; tercero: aún consta en los anales el pánico que cundió en redacciones y editoriales cuando en 1986 se otorgó el Nobel al nigeriano Wole

Soyinka, pues ni se conocía aquí su nombre al no tener entonces un solo libro traducido al español.

A pesar de aquellos bochornosos episodios, incluida la evicción de Francisco Macías en 1979, el despótico primer presidente de mi país, incomprensiblemente sostenido por Madrid, actuaron de revulsivo y avivaron un cierto interés por África, no podemos sentirnos satisfechos; siendo ciertos los avances, los temas africanos siguen relegados en la Prensa española, como también en la europea, y por tanto en las mentes, salvo cuando se producen situaciones dramáticas como las guerras que proliferaron en el Continente en la década de los '90, los golpes de Estado recurrentes o tragedias como la de Ruanda. Pero, en términos generales, tales noticias resultan incomprensibles desde los mullidos sillones de los cómodos hogares y despachos del Estado del Bienestar, porque únicamente aparece la versión favorable a los intereses creados. Apenas se explican las causas verdaderas ni se analiza la situación con objetividad. Ligereza que provoca confusión, es decir, desinformación. Es visible el esfuerzo realizado, pues España tiene mayor presencia diplomática hoy que ayer, se implica de modo más activo en los temas continentales a nivel bilateral y multilateral, pero quedan cosas por hacer: conocemos los obstáculos, tanto los locales como los derivados del aún no derogado Pacto Colonial sellado en Berlín en 1885, que impide a una potencia inmiscuirse en territorio ajeno, se echa en falta un mayor dinamismo en el campo comercial; en el cultural, una única antena del Instituto Cervantes, ubicada en Dakar, y una única Delegación de la Agencia EFE, establecida en Nairobi, son, a todas luces, insuficientes; los miles de estudiantes de Lengua y Cultura Hispánicas -sólo en Costa de Marfil superan el medio millón- siguen careciendo de material didáctico, libros de lectura y lectorados; en ese sentido, cabe señalar que los manuales de enseñanza del español están elaborados por los franceses, según me consta, lo cual es una anomalía destacable; aunque, de modo imperceptible pero real, la literatura guineoecuatorial está llenando alguno de estos huecos, como me consta también. Ningún africano residente -y los hay muy cualificados, como el llorado Mbuyi Kabunda Badi, al que recordaremos después- es llamado para dar nuestra visión en tertulias radiofónicas o televisivas; las editoriales continúan relegando a los autores africanos a unos «espacios étnicos», más bien guetos, mermando así la difusión de su pensamiento y de su creación literaria, sólidas pistas para conocernos; las Universidades españolas y europeas apenas prestan atención al conocimiento de la Historia y de las culturas negroafricanas, ocultando así las importantísimas aportaciones de los africanos al desarrollo material y espiritual de nuestro mundo. Y podríamos seguir.

De este modo, sólo llegan de África a la opinión pública mensajes catastrofistas, considerados e interpretados como fenómenos lejanos propios de lugares de nombres impronunciados habitados por seres, si no exactamente «inferiores» al ser ya «políticamente incorrecto» -e incluso delictivo- expresarlo de esa manera, sí «muy distintos» al europeo, paradigma de todas las virtudes y epicentro del mundo. Visión nada distante de la proyectada desde el S. XVI, ese cúmulo de falacias peyorativas formuladas «científicamente» en el S. XIX e inoculadas desde entonces por conocidos y celebrados xenófobos y racistas como Hegel y Joseph Arthur, Conde de Gobineau, forjadores del mito eurocentrista que impregna cuantas ideologías pueblan el Parlamento de Estrasburgo, Congresos y Senados nacionales, Asambleas regionales y Consistorios locales de los 27

países Comunitarios. Lo demuestra el discurso inaceptable del ínclito Josep Borrell, responsable de la Política Exterior de la Unión Europea. ¿Piensan en los efectos que produce escuchado en Gao, Bobo-Diulasso o Mombasa? Permítanme exponer alguna otra muestra, entre las muchas que podemos aducir: Cuando, en 2021, el escritor tanzano Abdulrazak Gurnah fue galardonado por la Academia sueca, escuché más de una «perlita» despectiva en cierta emisora de Madrid; sin pudor ninguno, un conocido conductor de exitoso programa matinal comentó a su audiencia algo así como que el premio Nobel de Literatura se «degradaba» porque se concedía a «escritorcillos» tercermundistas de segunda fila; en lugar de suscitarme indignación, esboqué una sonrisita: sin darse cuenta, el celebrado comunicador estaba esparciendo su propia ignorancia; pero sentí lástima por los muchos radioyentes de tan egregio predicador, que beben sus palabras con la unción con que escuchan los pasajes del Evangelio. Segunda muestra: desde la caída del Muro de Berlín y el inicio de la Era Global, las costas del Mediterráneo y de las Islas Canarias se llenan de personas, «magrebíes» y «subsaharianos» los llama la Prensa, que intentan entrar en la orilla opulenta del «Mare Nostrum». Tantos años de muerte y sufrimiento no han servido para encontrar solución a un problema para nosotros tan sencillo de resolver, pero que desde Europa parece insoluble; la ausencia de ideas imaginativas, o de una verdadera voluntad de abordarlo desde su raíz, ya trae consecuencias perversas, pues socava valores que parecían consolidados.

Lo escribimos, aquí y allá, hace diez, quince, veinte años: si el africano no puede gozar de tranquilidad en su propio país, lo normal, como reaccionaría cualquier otro ser humano de cualquier tiempo y lugar, es buscar otros horizontes donde realizar sus aspiraciones. Vemos que Europa, invasora inmisericorde del mundo entero, que impuso sus lenguas, sus hábitos y hasta sus manías al resto de la Humanidad, se solivianta ante la pacífica y menesterosa presencia de otros seres de apariencia, lenguas y costumbres diferentes. Nosotros no conocíamos el camino que lleva a Europa. Quienes nos mostraron la ruta deben acostumbrarse a ver y aceptar el mundo como es, diverso, plural. Finalizó la era de los exclusivismos excluyentes, pues todos somos necesarios y todos hemos aportado algo en la mejora material y espiritual de la especie. No entenderlo, pretender ser mejores y únicos, esa prepotencia al parecer inveterada, está en el origen de esas reacciones desabridas de efectos perniciosos que nos preocupan a las personas de bien. ¿Necesario recordar en qué desembocaron las arrogantes soflamas de 1922 en Italia, de 1933 en Alemania? Los supervivientes describirán el horror, pero el guion es conocido. Llama la atención que, en treinta y tantos años de «crisis migratoria», a nadie se le haya ocurrido preguntar por qué se reprime la libre circulación de las personas mientras se estimula, y crece como nunca antes, la libre circulación de mercancías. ¿Saben cuánto dinero líquido llega cada año a Europa desde esa África mísera que puebla nuestra mente? Indaguen, por favor. Última muestra: ahora todos se preguntan qué pasa en África, pues en algunos países se producen movimientos imprevistos que inquietan. Imprevistos en Europa, pues para cualquier africano eran previsibles, y lo asombroso es lo que hayan tardado. ¿Puede sorprender que países distantes y lejanos como China, Turquía, Brasil, y ahora Rusia, ocupen el espacio económico y ganen influencia política donde la arrogancia y el cortoplacismo dejaron huecos, a menudo sangrantes, ante la mirada indiferente de una Europa hasta ayer encandilada con una China totalitaria a la que no se exigió ningún límite? Somos muchísimos los africanos que miramos el mapa, y vemos que Europa, el continente más

próximo -apenas 14 kilómetros nos separan- se muestra cada vez más esquiva y alejada de nuestras preocupaciones. También somos inmensa mayoría los africanos que preferiríamos seguir cultivando las ventajas de esa vecindad, consolidada por un contacto milenario, nunca interrumpido, pues, si seguimos a historiadores como Antonio Rumeu de Armas o José María Cordero Torres, ya existían relaciones euroafricanas antes del viaje de Marco Polo al extremo Oriente. El Renacimiento fue posible gracias al fructífero comercio de los venecianos con el Reino de Malí, por ejemplo, circunstancias que deberían ser suficientes para reafirmar y robustecer la mutua interacción, si no siempre armoniosa como toda convivencia vecinal, sí lo suficientemente intensa y profunda. Hablamos las mismas lenguas, conocemos sus culturas, mantenemos lazos personales y afectivos estrechos, compartimos valores semejantes y más de un milenio de Historia común; sólido argumentario que puede ayudarnos a no precipitarnos del lado de advenedizos desconocidos, pues deberíamos estar curados de espantos y caer atrapados por los cantos de sirena; a condición de que nuestros vecinos, socios naturales, nos conozcan al menos tanto como nosotros les conocemos. Ésa es la cuestión de fondo. Y en ese empeño los periodistas tenemos un papel determinante, si sabemos cumplir nuestra misión, pues soy de los que siguen creyendo en este oficio, si se ejerce en libertad con responsabilidad, pues periodismo es, ante todo, servir a la verdad. Sensibilicemos a nuestras sociedades respectivas, al tiempo que exigimos a los políticos, de allá o de aquí, idéntica sensibilidad, como Publio Terencio Afro, a cuanto atañe al ser humano.

Termino con ese ruego final a los informadores: que su tarea nos ayude a los africanos a establecer sólidos lazos de complicidad con los demócratas españoles y europeos. España es un viejo país dentro del Viejo Continente, pero se renuevan con cada generación. Sus padres y abuelos fueron colonialistas, y quizá colonos, pero hoy parecen buscar un modelo diferente de relación con África, y debemos secundar tal planteamiento, seguros de que su éxito sí redundará en provecho mutuo. Seamos capaces todos de separar el grano de la paja, y sepamos cazar al vuelo la oportunidad que nos ofrece esta perceptible voluntad de cambio de rumbo. Ni la raza, ni las diferencias culturales, ni siquiera las devoluciones en caliente y otras engorrosas cotidianidades debe enturbiar nuestra firme determinación de regeneración. Quizá no se presente, o se demore, ocasión tan propicia para estrechar la mano que se tiende. En este sentido, debemos reconocer el talento y sagacidad de nuestros mayores al prevalerse de la situación resultante de la victoria contra la opresión nazi-fascista en 1945, a cuyo éxito contribuyeron con su sangre, aunque se ignorase después, para aminorar la dependencia; así lograron arrancar la limitada soberanía de que gozamos y otras ventajas ya irreversibles. Nos toca a nosotros valorar si las actuales vicisitudes ofrecen una nueva coyuntura para avanzar y profundizar en nuestras aspiraciones seculares.

Reservé, como colofón, argumentar una afirmación anterior que, por su contundencia, pudiera considerarse voluntarista o demagógica: es posible contener los flujos migratorios. ¿Cómo? Europa necesita seguridad y estabilidad en África, mientras África exige desarrollo, libertad, la misma seguridad y la misma estabilidad. Creemos posible armonizar estos conceptos, presentados habitualmente como antitéticos, mediante un diálogo constructivo y sincero. Como creemos igualmente posible compaginar tradición y modernización. Tenemos nuestra propia identidad, nuestra personalidad, y el uniformismo no puede ser ni

anhelo en un mundo diverso, plural. Nuestros recursos pueden continuar sosteniendo la prosperidad de los ciudadanos europeos, y al tiempo, bien administrados, sacar a las poblaciones africanas de su miseria crónica. Si se asumiese que Estados que aseguren derechos y un aceptable nivel de vida a sus moradores garantizan mejor la estabilidad que los eternos regímenes monolíticos, la conclusión parece obvia: quítennos de encima a los tiranos que nos impusieron y no quedará ni vendrá un solo inmigrante africano. Modelo que pondría fin al drama cotidiano de miles de jóvenes abocados a una incierta travesía que, demasiado a menudo, termina en una muerte espantosa; mitigaría hasta su erradicación el enojo que provoca reacciones desabridas, génesis de radicalismos e intolerancias; a la vez, privaría de pretextos a los xenófobos europeos. Libertad, desarrollo y dignificación, fórmula aún no ensayada, que diluiría, o extirparía, la creciente crispación ante el preocupante resurgir de doctrinas y movimientos extremistas, aquí y allá. Sencillo, ¿verdad? Es hora de dejarnos de marrullerías y decir las cosas con claridad: hay que atajar esa perversa tendencia de confundir los «intereses de España», según los proclaman algunos, con los de determinados bolsillos. Reflexión extensible al conjunto de la Unión Europea, necesaria labor de clarificación para infundir conductas éticas y transparentes en la mutua interacción, que nos corresponde fundamentalmente a los periodistas. En cuanto se desbrozase la senda, prometo ser el primero en privarles de mi negra faz, expresión del Maestro Juan Latino en escrito dirigido a Felipe II. Momento éste muy propicio para invocar a Juan Latino, insigne humanista renacentista, preceptor de El Gran Capitán, primer universitario africano en Europa, primer profesor negro en la Universidad española, Granada, primer escritor negro en lengua española, celebrado por Cervantes, Lope de Vega y Jiménez de Enciso, egregia figura a la que ni se recuerda cuando se habla del Siglo de Oro. Regresaré, digo y termino, aunque sólo sea para ser enterrado junto a mis padres y descansar en paz en mi tierra madre. Pero todo depende de la voluntad, sobre todo de la europea. Estamos dispuestos a pasar página, por lo mucho que nos va en ello a todos; pero, según el catecismo que aprendimos de pequeños, deben cumplirse las condiciones para el perdón: confesar los pecados, dolor de contrición, propósito de enmienda y cumplir la penitencia, es decir, reparar el daño causado. Que Europa sea alguna vez consecuente con sus propias doctrinas.

Infinitas gracias por su atención.